

IN MEMORIAM JOAN COROMINES (1905-1997)¹

Javier TERRADO PABLO

El 2 de enero de 1997 nos dejó Joan Coromines i Vigneaux, un hombre cuya importancia para la filología española del siglo XX no es necesario ponderar. Es poco conocida su labor como aragonés ilustre, pero no dudamos en afirmar que con él muere uno de los mejores y más clarividentes conocedores del aragonés pirenaico.

No era Corominas hombre que gustara de panegíricos y ditirambos, pero dedicó a sus maestros —Jakob Jud o Pompeu Fabra, entre otros— ponderadas y esclarecedoras semblanzas. Por eso y porque es de bien nacidos el ser agradecidos, intentaremos seguir su ejemplo y no dejaremos de honrar la memoria de quien tuvo tiempo, ciencia y paciencia para orientar a un aprendiz.

Al iniciar la obligada semblanza del sabio maestro, acude de modo natural a nuestra mente la frase «por sus obras los conoceréis». Sus obras hablan por él. Corominas, a quien el cielo no concedió tener hijos, consideraba que los libros que escribía con esmerado afán eran su descendencia. En ellos continúa viva su persona.

Nace Joan Corominas en Barcelona, en una familia de intelectuales, hijo de Pere Corominas y Celestina Vigneaux. El padre, pensador, escritor en lengua catalana y castellana, abogado, economista y consejero de Justicia y Economía de la *Generalitat* de Francesc Macià, tuvo un papel decisivo en la formación del carácter enérgico del segundo de sus nueve hijos. La madre, maestra y pedagoga de prime-

¹ Estando en prensa este n° 8 de la revista *Alazet*, correspondiente a 1996, ha tenido lugar el triste fallecimiento del profesor Joan Coromines. Incluimos aquí esta «Nota necrológica», en atención a la relevancia de sus estudios para la filología aragonesa. [N. de la R.]

ra línea, introductora del método Montessori en Cataluña, infundió en Joan el componente humano que manifestó en sus obras y en su actuación.

En 1920 Corominas realiza su primer estudio filológico: un vocabulario de la *Crónica* de Jaime el Conquistador. En 1923 inicia los estudios de Derecho y Filosofía y Letras. Por esos años traba contacto con uno de sus grandes amores: el Pirineo. La ascendencia aranesa de su madre favorece las temporadas de descanso de la familia en el valle de Arán, donde bebe el gascón de boca de sus parientes. Inicia ya entonces la recogida de materiales gramaticales, léxicos, toponímicos y antroponímicos. En 1926 y 1927 se forma en lingüística en Montpellier, donde ejercen su magisterio el fonetista Maurice Grammont y el dialectólogo George Millardet. En 1928 se licencia en Filosofía y Letras e inicia el doctorado en Filología bajo la dirección de Ramón Menéndez Pidal y Américo Castro. En 1929 la Junta para la Ampliación de Estudios le concede una beca para estudiar en Zurich. Son allí sus mentores el romanista Louis Gauchat, los arabistas Arnald Steiger y J. J. Hess von Wyss y, sobre todo, el gran lingüista Jakob Jud, de quien Corominas hablará siempre con el respeto debido a un maestro muy querido. En 1930, esta vez en París, tiene la suerte de tratar a hombres de la talla de Oscar Bloch o Mario Roques y recibe la orientación decisiva del indoeuropeísta Antoine Meillet. Ese mismo año, Pompeu Fabra, el hombre que creó la normativa de la lengua catalana moderna, lo incorpora a la oficina lexicográfica del Institut d'Estudis Catalans. Al año siguiente inicia los trabajos preliminares de su *Onomasticon Cataloniae* y ve la luz su tesis doctoral: *Vocabulario aranés*. En 1936 contrae matrimonio con Bárbara de Haro. Publica entonces, en colaboración con Josep Maria de Casacuberta, unos *Materials per a l'estudi dels parlars aragonesos*, de enorme interés para la filología de nuestras tierras.

El año 1939 Corominas parte hacia el exilio. Tras una corta estancia en París, embarca hacia Argentina, donde ocupa la cátedra de Lengua Castellana de la Universidad de Cuyo. Funda allí la revista *Anales del Instituto de Lingüística de la Universidad de Cuyo* e inicia los trabajos que van a desembocar en su monumental *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*. En 1946 es nombrado profesor de Filología Románica de la Universidad de Chicago, donde impartirá cursos de filología románica, castellana, francesa y catalana.

A partir de 1952 sus visitas a España se hacen cada vez más frecuentes y más largas. La finalidad es realizar encuestas para sus diccionarios etimológicos (el catalán y el castellano) y para sus proyectos de toponimia y antroponimia. Con especial interés se dedica a la zona pirenaica. Encuesta todo el Pirineo aragonés e intenta incluso penetrar (es el año 1971) en los valles navarros, empresa para la que solicita la colaboración de su gran amigo y vascólogo Koldo Mitxelena. Por desgracia, la primera excursión en la que colaboran ambos maestros no obtiene los resultados esperados, debido a la desconfianza del informante, que mira con recelo esa simbiosis de vascos y catalanes en tierras navarras. Mitxelena tiene la desgracia de romperse una pierna y el proyecto queda en vía muerta.

Las excursiones filológicas de Corominas nunca cesaron, pero hacia 1965 se observa en él una mayor actividad redactora y una menor actividad itinerante. Es el año en que aparece el primer volumen de los *Estudis de toponímia catalana*. Dos años después publica su edición crítica del *Libro de buen amor*.

Tras su jubilación, en 1967, e instalado ya definitivamente en la localidad costera de Pineda de Mar, su actividad se acelera: publica *Tópica Hespérica*, rehace con la colaboración de José Antonio Pascual su gran diccionario etimológico castellano, redacta el diccionario etimológico catalán, saca a la luz una obra preciosa sobre el habla del valle de Arán y, por último, redacta —en un supremo esfuerzo que le costará la salud y la vida— el *Onomasticon Cataloniae*, que inició en su más temprana juventud.

El interés mostrado por Joan Corominas hacia la lengua aragonesa ha sido constante a lo largo de toda su carrera. Lo ha manifestado en estudios de primera mano sobre documentación y en el contacto directo con la lengua viva pirenaica. Uno de sus informantes aragoneses, afincado desde hace muchos años en Barcelona, ha desempeñado una labor decisiva para la preparación del diccionario catalán y del *Onomasticon*. Nos referimos a Ángel Satué, de quien Corominas decía, jugando con las palabras: «Satué ha sido mi ángel».

Puesto que una bibliografía exhaustiva de Joan Corominas ha sido ya ofrecida en numerosas publicaciones y lo será a buen seguro en futuros homenajes, reseñaremos aquí tan sólo aquellos trabajos que puedan ser de mayor utilidad para los especialistas en temas aragoneses:

- «Materials per a l'estudi dels parlars aragonesos. Vocabulari». En colaboración con Josep Maria de Casacuberta. *Butlletí de Dialectologia Catalana. Revista Catalana de Lingüística*. Segona època. Institut d'Estudis Catalans [Barcelona], XXIV (1936), pp. 158-183 + 1 mapa.
 - *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*. Madrid, Berna, Gredos, A. Francke A. G., 1954-1957, 4 vols. I (A-C), 1954, LXVIII = 993 pp.; II (CH-K), 1955, 1.081 pp.; III (L-RE), 1956, 1.117 pp.; IV (RI-Z), 1957, 1.217 pp.
 - *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Madrid, Gredos, 1961, 610 pp.; 3ª ed. muy revisada y ampliada, 1973, 627 pp.
 - *Estudis de toponímia catalana*. Barcelona, Barcino, 1965-1970, 2 vols.: I, 1965, 279 pp. + 6 mapas; II, 1970, 345 pp.
- [Recopilación de artículos diversos. Constituyó la obra preparatoria para la redacción del *Onomasticon Cataloniae*. Destacaremos en especial «Els noms dels municipis de la Catalunya aragonesa» (1959) y «La survivance du basque jusqu'au bas moyen âge. Phénomènes de bilinguisme dans les Pyrénées Centrales» (1960).]
- *Tópica hespérica. Estudio sobre los antiguos dialectos, el substrato y la toponímia romances*. Madrid, Gredos, 1972, 2 vols., 410 y 425 pp.

[Obra que recoge estudios y reseñas aparecidos en diversas publicaciones. Entre los estudios destacaremos: «Los nombres de la lagartija y del lagarto en los Pirineos» (1943), «Enseñanzas del *Diccionario etimológico castellano* sobre el hispano-celta» (1955), «El origen del nombre de Gistau, del de Odèn y de otros nombres de lugar conexos» (1965). Entre

las reseñas son de especial relevancia las realizadas a las obras siguientes: Tomás Navarro Tomás, *Documentos lingüísticos del Alto Aragón*; Gunnar Tilander, edición del *Vidal Maior*; Ángel Martín Duque, *Colección Diplomática de Obarra (siglos XI-XIII)*.]

- *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*. Con la colaboración de José Antonio Pascual. Madrid, Gredos, 1980-1991, 6 vols.: I (A-CA), 1980, LXXV + 938 pp.; II (CE-F), 1980, 985 pp.; III (G-MA), 1980, 903 pp.; IV (ME-RE), 1981, 907 pp.; V (RI-X), 1983, 850 pp.; VI (Y-Z. Índices), 1991, 1.047 pp.

[La calificación de «hispánico» aplicada a esta obra es rigurosamente justa y, dentro de lo hispánico, lo aragonés recibe en ella un trato de preferencia.]

- *Diccionari etimològic i complementari de la llengua catalana*. Con la colaboración de Joseph Gulsoy, Max Cahner, Carles Duarte y Àngel Satué. Barcelona, Curial, La Caixa, 1980-1991, 9 vols.: I (A-BL), 1980, XLVII + 850 pp.; II (BO-CU), 1981, 1.120 pp.; III (D-FI), 1982, 1.054 pp.; IV (FL-LI), 1984, 962 pp.; V (LL-NY), 1985, 996 pp.; VI (O-QU), 1986, 977 pp.; VII (R-SOF), 1987, 1.007 pp.; VIII (SOG-UX), 1988, 1.000 pp.; IX (V-ZUM), 1991, 623 pp.

[El hecho de ser un diccionario de la lengua catalana y la circunstancia de estar redactado en catalán no son razones para que los hispanistas se sientan eximidos de su lectura. Es obra de enorme interés para el estudio del léxico románico en general y muy especialmente del aragonés. Y, por lo que respecta a la lengua catalana hablada en Aragón, es ésta la obra fundamental a la que deben acudir quienes quieran conocerla.]

- *El parlar de la Vall d'Aran. Gramàtica, diccionari i estudis lexicals sobre el gascó*. Barcelona, Curial, 1990, 773 pp.

[Obra de un romanista, este libro es de utilidad no sólo para los occitanistas sino también para los estudiosos de lenguas como el catalán, el castellano, el aragonés e incluso el vasco. Se dan cita aquí los mejores métodos puestos a punto por la dialectología y la gramática histórica. Muy útil es el apartado dedicado a la formación de palabras.]

- *Onomasticon Cataloniae*. Barcelona, Curial, La Caixa, 1989. Con la colaboración de Josep Mascaró, Max Cahner, Joan Ferrer, Josep Giner, Josep Gulsoy y Javier Terrado. I (*Toponimia antiga de les Illes Balears*. En colaboración con Josep Mascaró), 1989, XIII + 314 pp.; II (A-BE), 1994, I + 502 pp.; III (BI-C), 1995, 490 pp.; IV (D-J), 1995, 488 pp.; V (L-N), 1996, 488 pp.

[Muchos son los nombres de lugar que se repiten tanto en territorio catalán como aragonés: *Biescas, Navarri, Viu...* Los estudiosos de la toponimia aragonesa encontrarán aquí reflexiones que pueden serles útiles. Y, aun cuando no haya repetición, muchos topónimos aragoneses son comentados a propósito de paronimias, como en el caso de *Borja* o en el de *Bubierca*. Ha de entenderse el «Cataloniae» del título, no en la acepción política de «Autonomía de Cataluña», sino en la lingüística de «territorio en el que se habla la lengua catalana». De ahí que se estudien en esta obra los topónimos de la Ribagorza aragonesa donde se habla catalán. Y, en un esfuerzo de generosidad científica, Corominas ha querido tratar también algunos nombres de esa zona que acostumbra a designarse como «de transición entre el aragonés y el catalán». Nadie se rasgue por ello las vestiduras. La ciencia es patrimonio de la humanidad, es universal y no sabe de fronteras administrativas. Corominas fue hasta el momento de su muerte un científico. Agradecámosle a este lingüista universal que nos haya comenzado a desbrozar el terreno y sigamos en la brecha que él ha abierto.]

Hemos repasado algunas publicaciones. Pero la importancia de la figura de Corominas para la filología aragonesa reside más en los materiales inéditos que en la obra publicada. En su casa del barrio de Sarriá, en Barcelona, permanecen cente-

nares de libretas de campo fruto de sus encuestas por todo el alto Aragón. Son en su mayor parte nombres de lugar que él anotó para disponer de materiales de contraste en la redacción del *Onomasticon Cataloniae*. Se trata posiblemente de la mejor colección de topónimos aragoneses que existe. Y además supone un trabajo irrepetible, pues en las últimas décadas los altos valles se han visto irremisiblemente abocados a una despoblación implacable, con lo que los posibles informantes han desaparecido ya. Los investigadores tienen ahí un filón de valor incalculable. Esperemos que la institución o la fundación que se haga cargo de los materiales del maestro desaparecido ponga pronto esas libretas a disposición de la comunidad científica.

Hemos tratado aquí de una faceta de Corominas: la profesional. La cara humana, multifacética y riquísima, habrá de quedar para otra ocasión. Con todo, no es posible poner punto final a estas líneas sin antes decir algo de esa zona donde se engarzan lo humano y lo profesional, el terreno del intelectual y del científico. Sólo una cualidad vamos a destacar: su honradez científica. Buscaba la verdad y cuando creía poseerla no estaba dispuesto a venderla por un plato de lentejas. Era coherente con sus principios y exigente consigo mismo. Decía en cierta ocasión: «Cuando yo era joven mis maestros me decían que la lengua vasca podía ayudarme a interpretar los nombres de nuestro Pirineo catalán. Y yo replicaba, escéptico: “No lo creo, no es verosímil”. Pero intenté averiguar si podía haber algo de verdad en esas afirmaciones. Creía que demostraría su inconsistencia. Pero poco a poco mi escepticismo se fue trocando en el convencimiento de que era rigurosamente cierto aquello que pretendía impugnar. Y ya ve usted cuánto he llegado a desarrollar esa idea del vasco pirenaico». En otra ocasión me pidió que descifrara una abreviatura como «DECH, IV, 747b34» y buscara inmediatamente el pasaje al cual se refería. Léi: «*Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, tomo cuarto, página 747, columna b, línea 34» y hallé en pocos segundos el pasaje que buscaba. «¿Sabe por qué tiene esa estructura el diccionario?», me preguntó. Y añadió: «Para que usted pueda decir que en la línea 34 de la columna b de la página 747 del *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico* Corominas se equivoca. Conviene que todos puedan controlar nuestros argumentos. Eso es bueno para la ciencia. Cuesta mucho criticar a otros autores, porque la falta de orden y la dificultad para remitir a un pasaje concreto entorpecen la discusión de sus teorías. Me temo que esa oscuridad sea a veces intencionada». Corominas era honrado. En cierta ocasión oí comentar: «Es que etiquetas como “sorotáptico” o “ibero-vasco-aquitano” son realmente difíciles de tragar». «Si es ése el problema —respondí— tiene usted dos soluciones: o realiza gimnasia de músculos intercostales para poder aumentar su capacidad pulmonar y decir de una tirada “ibero-vasco-aquitano” o bien propone usted otra etiqueta y santas pascuas. El propio Corominas ha hablado a veces de “indoeuropeo precéltico” para referirse al sorotáptico». «No es eso —me replicó mi interlocutor—, es que no me creo las teorías de Corominas». «Entonces —le advertí— lo tiene usted un poco más difícil. Nadie le pide que crea esas teorías, pero si lo que usted pretende decir es que son falsas se buscará bastante trabajo. Tendrá que desmontar una por una las piezas de

esa enorme maquinaria conceptual montada por Corominas. Tendrá que desarticular cada uno de sus argumentos y demostrar que son inconsistentes. Y, por último, deberá construir una nueva teoría que explique los hechos de modo coherente y exhaustivo, esto es, que lo explique todo mejor que Corominas. ¿Qué quiere?: nobleza obliga. Pero al menos tendrá el consuelo de poder detectar fácilmente esos argumentos. Ya sabe: en la línea 34 de la columna b del volumen cuarto...».

Corominas se equivocaba como todo mortal y lo reconocía con naturalidad. En ciencia, el reconocimiento del error es un peldaño para subir más alto. Eso fue lo que hizo al maestro avanzar en su camino. Una tarde estaba acabando de dar los últimos toques al artículo *Aravell* del *Onomasticon Cataloniae*. Era un artículo largo y repleto de argumentos probabilísticos. No lo dudé y le dije: «Señor Corominas, ¿qué le parece esta documentación antigua del nombre?». «Que me obliga a rehacer todo el artículo», respondió. Y añadió: «Era todo mucho más sencillo de lo que creíamos». Rompió su artículo y volvió a empezar.

Ése era Corominas: un hombre que se había creído la máxima «antes surge la verdad del error que de la confusión». Fue un apasionado de la verdad. Ése fue Joan Corominas, al menos el que yo conocí. Y así deseo recordarlo siempre, pensando que, aunque la vida perdió, «nos dejó harto consuelo su memoria».